

la vista, y su mirada suspicaz le quiso registrar el alma: ideas que acaso no habían cruzado por su mente, se condensaron, y una expresión irónica timbró su voz al decir:

—¿Qué te sucede, Carmen? ¿No comes? Parece que no tienes apetito.

—He comido—respondió ella.

—No es verdad. No has probado la tortilla ni los riñones, y la chuleta se queda ahí. ¿No guisa a tu gusto la cocinera? ¿Por qué no mandas que te hagan otra cosa?

¡Sombra de la sospecha, ligera nube que pasas rozando apenas el espíritu y dejas en él para siempre tu negror! ¿Atravesaste entonces por la imaginación del hebreo? ¿El genio cauteloso de su raza se reveló en aquellos instantes decisivos de su vida? Alumbraste también con siniestra luz la conciencia de aquella mujer purísima, casta, noble, pero mujer al fin de carne y hueso, hija y descendiente de Eva, vehemente y apasionada en el fondo, aunque sujeta al yugo de la virtud por las áureas ligaduras de la fe más acendrada? ¿La dijiste lo que no quería creer?

Al notar el marido la preocupación y desigano de la esposa, las mejillas de ésta pasaron de la palidez a un rojo vivo; temblor violento la sacudió, y con su indispensable séquito de acongojados sollozos declaróse en ella el ataque de nervios... que, digan lo que gusten los saineteros y los escritores festivos, rara vez se presenta a no provocarlo una causa honda, psíquica, algo que hiere en el corazón femenino sentimientos profundos o pudores recónditos y sagrados...

El ataque duró poco: un minuto escasamente. En seguida reaccionó la titi: bebió agua, se levantó y contestó a las obstinadas y recelosas interrogaciones de su marido:

—Sí, puede que no esté bien... ¡Qué disparate! ¡Qué ha de valer esto la pena de llamar al médico!

Me acostaré un rato... En tomando tila... Si ya no tengo nada; nada absolutamente.

No pude resistir más: despedime y salí. Me eché a la calle con objeto de disipar una exaltación que, comprimida, fermentaría y me conduciría a algún desatinado extremo. Fuíme en busca del calmante: de Luis Portal. Pero no tuve la suerte de encontrarle. Era domingo, y supe por Trinito que estaba con *Mó* de expedición en el Pardo.

VII

Cuando evoco el recuerdo de los días siguientes, creo evocar el de una larga pesadilla; y sin embargo, no pasarían de quince; ¡pero en ellos mi estado moral fue tan violento y penoso! Mi tío, después del episodio del comedor, en vez de alejarse de su mujer, se mostraba con ella más que nunca... ¿diré rendido? no; pero solícito y afanoso, como quien echa de ver que ha descuidado el cultivo de una finca importante y se propone reparar la omisión. A alguna idea semejante, característica de la naturaleza codiciosa del hebreo, respondía indudablemente aquel no apartarse de Carmiña ni de día ni de noche, aquella especie de frenesí conyugal, aquella intimidación restablecida plenamente, con circunstancias propias de luna de miel. Y si no eran rasgos de propietario celoso de sus derechos, ¿qué significaban la frialdad repentina que me demostraba a mí, el no dirigirme la palabra en la mesa, el concederme sólo pocas, agrias y secas frases, cuando antes puede decirse que sólo charlaba conmigo? Mi posición en la casa, durante la cruel quincena, llegó a ser humillante, análoga a la de un pariente sostenido por caridad, o un importuno tácitamente despachado a cada momento y que no acaba de entender las indirectas. Aquella tirantez debieron

de percibirla hasta los criados, aunque eran dos ejemplares célticos traídos del riñón de Galicia, que a duras penas empezaban a desasnarse, cuanto más a leer en el alma de sus amos—lectura que es la borla de doctor de los sirvientes.—Pero la hostilidad y el desdén de mi tío eran tales, que saltaban a los ojos. Notólos Camila Barrientos, y una noche se emancipó hasta embromarme disimuladamente sobre lo celoso que era el tío y lo desagradable que resultaba la posición de un muchacho alojado en casa de un matrimonio. Como yo estaba tan desequilibrado, recuerdo que se me fué la lengua y contesté muy destempladamente a la presunta señorita cándorosa. La cual, en vez de fomalizarse, me pidió excusas en voz queda, y como yo se las implorase a mi vez, me dijo algo que me preocupó, no sé si porque a la sazón todo me preocupaba.

— Su tío de usted me parece que ha cambiado muchísimo de carácter. Antes era una persona bastante corriente; bromeaba con nosotras, estaba de buen humor... discutía... Ahora parece, o enfermo, o maniático. ¿No se ha fijado usted? Pues fíjese: lo notó mamá lo mismo que nosotras.

Camila, al decir esto, apoyaba el dedo en la frente. En idéntico sitio se me clavó a mí la idea sugerida por la señorita; «Efectivamente—pensé—que es raro pasar de la total indiferencia por una mujer, a tales extremos. Estará mi tío lunático?»

Semejante conjetura... ¿lo confesaré? se me presentó desde el primer instante, no negra y fúnebre como debiera, sino en cierto modo, grata y consoladora. «Si se vuelve loco, pierde de hecho la soberanía doméstica, la autoridad sobre su mujer, la fuerza moral y el carácter de jefe de familia. Un loco es un sér que carece de alma y la humanidad racional lo expulsa de su seno. El loco no posee derechos sociales y civiles; el loco no tiene mujer, ni hijos, ni amigos siquiera. Si mi tío se trastorna, igual que si se divor-

ciase. El lazo roto queda, y ella sola en el mundo, porque un loco no acompaña, ni presente ni ausente. ¿Habrá, en efecto, manía?...» La tensión de mi voluntad llegaba a desearlo. ¡Y de ahí a otros deseos va tan poco!

No tardé en dar el paso que me separaba del terreno en que ya se desatan las voliciones y nos arrastran al crimen,—al crimen mental, único frecuente en nuestra enervada época.—Recuerdo que aquellos días me tentó el diablo a dedicarme a lecturas dramáticas y tempestuosas, de esas que agitan el corazón y nublan la conciencia, y entre ellas se contó una traducción de *Hamleto*, que me produjo efecto muy hondo, induciéndome a comparar la irresolución, la ebullición moral y la inacción física del extraño príncipe de Dinamarca con mis propios sentimientos. Y en medio de la lectura, me hirió de pronto, embargando mis potencias, aquella rara frase: «Cuando acaricio a mi segundo esposo, mato segunda vez al primero.» Comprendí entonces que mientras más virtuosa e invencible es una mujer, más fatalmente desea su enamorado la muerte del marido; y ví también, por modo clarísimo, que mi pasión desatada no era sino el odio antiguo a mi tío el hebreo, odio inveterado ya, que había tomado distinta forma, pero que subsistía implacable.

Si el deseo matase como la estricnina, por la voluntad, cien veces fallece mi tío. A solas, con los codos en la mesa y la frente sostenida entre mis palmas febriles, yo me saciaba del sueño fúnebre, y me entregaba al detestable goce de figurarme a D. Felipe extendido en el ataúd, con los ojos cerrados y las manos cruzadas. La pujanza con que me dominaba este deseo era tal, que nunca me subyugó así ansia amorosa. Si me hubiesen dicho entonces: «Elige entre tu tía vencida, demente, roja de vergüenza y de pasión, o tu tío rígido, yerto, cadáver, sin vacilar optarías por lo segundo.

Claro es que no se me ocultaba la monstruosidad de la idea. Tanto la comprendía, que ansiando liberarme de la absurda y estéril figuración, solicité más que nunca el trato de Portal, única persona capaz de librarme de mis obsesiones y combatir a los endriagos y vestiglos de la fantasía con las armas de la risa y del ingenio. Desgraciadamente, mi simpático Sancho Panza andaba entonces ocupadísimo, no sólo en la labor de fin de curso, sino con su otra gran labor sentimental. A pesar de sus alardes de independencia y despreocupación, de asegurar que él tomaba *aquello* con extraordinaria tranquilidad y filosofía, si se perdiese mi oportunista, que le buscasen al canto de *Mó*. No desperdiciaba coyuntura de amar perdidamente.

Para ver algunos ratos a Portal fue preciso seguirle a su polo magnético, o sea a casa de los *Mos*. Me empeñé en ser presentado, y no habría transcurrido media hora desde la presentación, cuando percibí lo que mi orensano se guardaba bien de confesar: que el padre de *Mo* era al mismo tiempo que cabeza de patriarcal familia... *ministro del Señor*, o en lenguaje más llano, clérigo protestante.

¿Por qué se lo tendría tan calladito el camarada? Yo lo había sospechado alguna vez, sin verdadero fundamento puesto que Luis, al preguntarle las condiciones del *futuro suegro*, invariablemente respondía: «Conste que no voy allí con carácter de yerno...: pero el papá de *Mó* es un sujeto apreciableísimo... y la mamá... ¡Ah! Lo que es esa... No he visto nada igual.» El cuidado en no especificar la profesión del apreciable sujeto no había dejado de escarmarme... Repito que me cercioré de la verdad al poco rato de haberme sentado en el sofá del señor Baldwin—que así se llama el pastor.

Este tenía el tipo agigantado y pletórico de la pura raza sajona: eran sus patillas del mismo color que la tez, exceptuando la frente, blanca y tersa como la de

un niño. En tres años de residencia en Madrid no había logrado amoldar su laringe a la pronunciación española; y ningún inglés de sainete o caricatura dice cosas más grotescas que el señor Baldwin cuando intentaba servirse de nuestro idioma para algo que no fuese gruñir: «*Buons dis... com stá.*»

Nadie encontraría explicación satisfactoria al fenómeno de que la comunión evangélica hubiese enviado a tierras apostolizables tan tosco misionero, a no existir la misionera o pastora mistress Baldwin mujer singular, a quien tuve desde el primer instante por un milagro en su género.

Nada de la inglesa seca y angulosa, tipo convencional en las letras y en el arte. Muy al contrario. Para pintar a mistress Baldwin fielmente, hay que servirse de los tonos más armoniosos y suaves, las líneas más exquisitas y el más discreto claroscuro. Su rostro poseía esa uniformidad de color que hace tan aristocráticas las cabezas al pastel; sobre su blancura de perla destacábase el gris de acero de los ojos, en los cuales resplandecían algunas chispas áureas al sonreír. Sus facciones finas, pero de grandioso dibujo, expresaban constante afabilidad artificiosa, ya casi natural a fuerza de persistencia. Vestía con dignidad y decoro sumo: de azul marino o de negro, generalmente de seda, lo cual hacía que al andar o al sentarse su ropa tuviese un crujido señorial; llevaba al cuello una cadena de oro de muchos vueltas, sostén de la saboneta siempre en hora, reluciente por virtud del uso; y sobre sus cabellos grises, del gris polvoriento con que encanecen las rubias, alisados en bandós, usaba una especie de platito de encaje blanco, nítido de limpieza, planchado como una servilleta y acentuaba el óvalo algo ajado, pero de contorno puro, de su faz.

Desde que se entraba en la esfera de aquella mujer de tan distinguido continente, era imposible no ver en ella el punto matemático donde todos

UNIVERSIDAD DON BOSCO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

los radios tenían que converger y unirse. Su marido, hombrachón que la hubiese pulverizado de una guantada; sus hijos, alguno de ellos ya con veinte años y un aspecto de vigor para dar envidia a la raquílica raza española; sus hijas, entre las cuales descollaba *Mó*; sus tertulianos, y... es preciso decirlo de una vez, sus feligreses, sus ovejas, marchaban a paso redoblado por la ruta que les señalaba la mano prolongada, flexible, adornada con anticuados anillos, de la pastora.

Semejante mujer había nacido para el trono, o por mejor decir, para cardenal-ministro de un rey absoluto. Rebosaba en ella ese dón de mando, esa autoridad encubierta por dulcísimas formas, patrimonio de las abadesas. Su sonrisa y sus modales tan refinadamente adamados, encubrían la voluntad más templada y férrea que ha dado nunca de sí la tierra de la perseverancia y del cerrado fanatismo. Bajo las apariencias hercúleas del marido, no había sino un pelele, un muñeco de trapos, que jamás poseyó la energía necesaria para sostener su desairado papel de apóstol de unacreencia aborrecible a la inmensa mayoría de los españoles, y que a los mismos descreídos o racionalistas no nos cae en gracia. El señor Baldwin se larga de España con viento fresco a las primeras de cambio, si no le mantuviese la barra de acero, forrada en piel de guante, que tenía por esposa. Ella, la pastora, era quien se aferraba en hacer florecer los áureos tiempos de la calle de la Madera durante los años revolucionarios; ella, quien ideaba obras pías con fines de propaganda y ediciones de libros catequéticos; ella, quien... ¿Pero a dónde voy con reseñar las proezas de la matrona insigne? La verdad es que al ver así a mistress Baldwin, recostada en su butaca, apoyados los pies en un cogín, el codo puesto en el velador cargado de álbumes, ilustraciones, revistas y enormes diarios ingleses, era cosa de pensar que aquella señora vivía consagrada

exclusivamente a recibir a sus amigos con un *chic* de duquesa anciana.

Cuando entré yo en casa de los pastores, serían las cinco de la tarde. Dispensóme la pastora atentísima acogida; y no digo *cordial*, porque de cordialidad no se trataba allí. Hízome sentar frontero a ella, y me preguntó minuciosamente por mi familia, mis estudios, mis aficiones. Al saber que me gustaba la música, puso los ojos en blanco, y su cara adquirió expresión beatífica. ¡Oh! La *mioúsica*! Luego, al tratarse de mi carrera, elevó otro salmo entusiasta a la ciencia. ¡Oh! ¡La *sciencia*! Después, sonriéndome con una sonrisa que parecía estrenada para mí, me fué enseñando multitud de tesoros que formaban un pequeño museo: hierbajos, algas y conchas recogidas en Australia por ella, y que guardaba prensadas entre hojas de libros; y por último, en tono misterioso y confidencial, apoyó el dedo en la boca, y con el mismo aspecto extático, silabeó: «Van a cantar las niñas.»

Cuatro vi acercarse al piano pero ya entre ellas, mis ojos habían distinguido a *Mó*, sin necesidad de seguir la dirección de las miradas de Luis. Hube de confesar interiormente que, respecto a hermosura, no exageraba el oportunista. Por lo regular nos inclinamos a encontrar defectos físicos en las novias de nuestros amigos, como si así desahogásemos el involuntario despecho que causa la felicidad ajena, la amorosa sobre todo. Pues a pesar de esta tendencia, me vi precisado a reconocer que valía un imperio la señorita *Mó*. Deliciosa mezcla o fusión de los dos tipos paterno y materno, atestiguaba a la vez la fidelidad y legalidad de la pastora y las ventajas del cruzamiento entre sajones y normandos para la selección sexual. El color, la frescura de amanecer, la plasticidad del tipo, procedían indudablemente del pastor, que allá en sus verdes años sería un mocetón como un roble; y la finura de los rasgos, la distinción

y pulcritud, de la madre. Sus ojos eran los de la pastora, ya acerados y dominadores, bañados aún en el fluido amoroso de la juventud. Por lo demás, Portal la había fotografiado: era exactísimo lo del oro del pelo, casi ceniza, lo de la blancura, y hasta lo de los hoyos tentadores que se dibujaban, a cada jugueteo del reir, en las mejillas tersas, aterciopeladas por el vello de un cutis del Norte, que aún no había curtido el recio clima continental de la metrópoli española.

Semejante pedazo de hembra explicaba todos los desvaríos en que pudiese caer el más escéptico y sedudo de los mortales. Si a los dones naturales reunía la señorita *Mo* aquella sorprendente cultura de que mi amigo hablaba siempre, no se podía negar que Luis, al descubrir la joya británica, había tenido un hallazgo. Involuntariamente me sentí penetrado de consideración hacia Portal; convine en que aquel mozo había sabido desenterrar la gran mujer, y justifiqué sus hipérbolos y su jactancia.

Al pronto, la casa de los *Mos* me causó la misma impresión favorable, por su aspecto de orden y bienestar. La familia Baldwin había elegido una calle aseada y tranquila, sin malos olores de mercados y tiendas, ni estrépito de coches; desde sus ventanas se recreaba la vista en el arbolado de un jardín frontero, ventana inestimable en Madrid; en su saloncito los muebles eran prácticos y cómodos: había libros, grabados, flores; la familia aparecía limpia, sociable, disciplinada... Mi respeto hacia el pésquis de Luis se acrecentó, y a hurtadillas le dirigí un guiño que en nuestra charla familiar se traducía así: ¡Al pelo!

Transcurridos los primeros instantes, después de haber visto y admirado los tesoros botánicos y zoológicos de la pastora, cuando las niñas se llegaron al piano para cantar, recordé que Luis me había ensalzado a su *Mo* como a «la mujer del porvenir», hembra superior al nivel general de su sexo, libre de preocupaciones enfermizas; varonil en el mejor sentido de

la palabra, que es el que implica fuerza, entendimiento y resolución. Hablo, por supuesto, poniéndome en lugar de Luis; pues quien haya seguido el desarrollo de mi vida afectiva al través de estas páginas, comprenderá desobra que no prefiero tal clase de mujer, sino que estoy por *la otra*, la del pasado, la que por espacio de diez y nueve siglos ha venido siendo el ideal de la humanidad; la que en cierto modo ya lo era antes, pues sus rasgos esenciales difieren poco de los que trazaba Salomón en un bosquejo que no se ha borrado de la memoria humana. Pero aunque no me fuese posible aceptar más tipo femenino que el que cifraba Carmen, colocándome en el punto de vista de mi amigo, era capaz de discernir si *Mo* realizaba aquel prodigio de la sociedad futura: *la mujer nueva*.

Si lo realizaba, no tardaría ella en manifestarlo, y en percibirlo yo. La seguí atentamente con los ojos cuando se acercaba al piano, a fin de acompañar a Alicia, su hermana segunda, que representaba de catorce a quince años, y llevaba todavía suelto y colgando el hermoso cabello semialbino. La chica perfiló una canción inglesa, que es tanto como decir sosa y agria, cuya letra sentimental trataba—al que pude advertir—de un niño huérfano, abandonado por ciertos tíos muy crueles, que pide limosna, y acaba por quedarse tiesecito entre la nieve una noche de *Christmas*, a la puerta de un palacio donde se celebra espléndido festín. Acabada la tonadilla, sustituyó a Alicia su hermana Beth o Elizabeth, entonando otra canción no menos insulsa, sólo que en ella no se trataba de niño huérfano, sino de la aspiración del alma que quiere tener alas para volar a la gloria, a la verita de los querubines. «¡*Wings!*—mayaba la chiquilla.—¡*Wings... my God... wings!*»

Pensé que después de la segunda cantata no nos diesen más música, pero engañéme, porque inmediatamente salió al redondel un chiquitín, Edward, de calcetines cortos, pierna al aire y guedeja blonda; el

cual nos regaló (ni al diablo se le ocurre) el terceto de *los ratas* en *La Gran Via*. ¡El terceto de *los ratas*! ¡Quién imaginara verlo salir de labios de aquel angelito, nacido en la quinta parte del mundo, pues Edward era australiano!

No se había agotado el catálogo de las sorpresas: así que hubo cantado y representado el Benjamín, veo que se levanta la pastora, elige un cuaderno de música y se arrima al piano, rodeada de sus hijos. Calóse la pastora las gafas de oro: quitóse delicadamente sus mitones de seda, que puso bien doblados, sobre el velador; y contrayendo las cejas y apretando los labios como quien ejecuta una acción importante y absorbente, y acompañándose ella misma, rompió a entonar un cántico religioso, en que andaban como por su casa las *souls* y los *sins* (no pude entender más del texto). Al concluir la primer estrofa, toda la familia, agrupada en torno del instrumento, coreó el estribillo, y el mismo reverendo Baldwin, acercándose, poniendo su diestra sobre la cubierta del piano, arqueando su poderoso y elefantino esternón, sostuvo con voz becerril los falsetes de las muchachas. Miré a la cara de la pastora, y también a *Mó*. De los semblantes de las dos mujeres se había borrado la expresión habitual, en la una fina e insinuante, en la otra alegre y juvenil, sustituyéndolas—especialmente en la madre—cierta exaltación sombría y dura, como se nota en los personajes de algunos cuadros de martirio. Volvíme a ver qué gesto ponía Luis, y vi que no estaba en la habitación.

Acabado el concierto, nos brindaron una taza de té excelente, acompañada de una copa de Jerez y de ciertas golosinas que, si no recuerdo mal, se llaman *cracknells*. Me convidaron a que volviese, a que frecuentase la casa, y la pastora, sobre todo, me dijo con sorprendente cortesía: «¡Oh! ¡Oh! Creemos que usted no dejará de venir a vernos de cuando en cuando...»

Al salir desahugué con Portal:

—Esta gente será buenísima, todo lo que gustes; pero, vamos, que en devoción no se quedan atrás de la tití. Me huelen más a sacristía: te lo advierto.

—Ya sabes—respondió mi amigo secamente—que los protestantes observan y practican su religión. No son como nosotros.

—Lo dices en son de alabanza?

—Sí y no—repuso un poco amostazado.—Sobre eso habría mucho que hablar.

—¿Y por qué tu *Mó*, esa señorita tan ilustrada, les deja a sus hermanos cantar adefesios y los canta ella?

—¡Qué sé yo!—exclamó el oportunista.—¡Qué importa! Vamos, ¿qué tal? ¿No es guapa?

—De primera. Eso no puedo negártelo.

VIII

Y entretanto, ¿qué hacía la tití? ¡Ay! es lo único que aliviaba mi rabioso tormento: sufrir, sufrir probablemente cien veces más que yo. Sorprendida por la repentina asiduidad del esposo, doblaba el cuello; pero se desmejoraba, demacrábase su faz, y sus ojos relucían, como ascuas atizadas por la fiebre, detrás de los negruzcos párpados. Cualquier indiferente pensaría al mirarla: «Esta mujer está enferma. Peligra si no se cuida.»

Ocurrióseme un día hacer lo nunca hecho: seguir-la cuando iba por la mañana a sus devociones. No sospechando que lo atisbaba nadie, se entregaría libremente a aquella pena, único alivio de las mías propias. Puse por obra mi resolución. Dejando clases y dejándolo todo (qué me importaban las clases! ¡qué me importaba cosa alguna!) me aposté en la esquina aguardando que saliese Carmen. La ví aparecer, de-